

UNA ALTA OPORTUNIDAD

Por JACOBO CORTINES TORRES

Uno de los signos inequívocos de que la primavera se había instalado definitivamente en Sevilla era la llamada puntual de los Duques de Alba para ir a comer a su Casa de Dueñas. No sé si en alguna de aquellas ocasiones el cielo pudo estar gris, amenazaba lluvia o llovía, pero siempre las recuerdo con los cielos muy azules; luminosos mediodías con rumores de fuentes, huertos claros con limoneros y cuidados jardines con encendidas buganvillas. Eran gratas las penumbras de las galerías interiores, suave la subida por la amplia escalera, y acogedora la atmósfera de las galerías abiertas con su horizonte de espadañas, palmeras y cipreses tras los arcos. Pero aún era más grata y suave la acogida que ellos, los Duques, dispensaban a sus amigos invitados. Cayetana, inequívocamente afable; y Jesús, brillante, divertido, cada año con un punto más de originalidad en su atuendo, como en displicente competencia con George Brummell, y con un grado más de ironía en su palabra que aproximaba su conversación a las facecias cortesanas. Porque Dueñas recordaba mucho a una de esas cortes que proliferaron en el Renacimiento italiano. Allí, entre bromas y veras, se hablaba de literatura, de música, de pintura, de filosofía, sin que esas doctas materias impidieran comentarios, no siempre benévolo, sobre aspectos menos graves. Y de entre los allí reunidos, destacaba como indiscutible protagonista Jesús Aguirre con su hablar sobre lo divino y lo humano. Peregrino del mundo, desde -por decirlo con sus mismas palabras- “la humedad verde y el fuego subitáneo, catastrófico, de Santander”; desde sus estancias “en una

Europa con larga y abundante vocación de consonantes, diéresis y nieve"; desde los "años madrileños", más de magisterio que de aprendizaje, aunque confesara lo contrario, quiso cada primavera convertir Dueñas en su corte de reposo, no inerte, sino fecundo en investigaciones, que se vieron recompensadas, no por obra de misericordia, como con humildad dejó dicho, sino de estricta justicia, con su ingreso en esta Real Academia el 8 de Diciembre de 1985.

Quizás porque conoció de cerca el mundanal ruido y los ambientes cortesanos, se fijó en un personaje que fue clave para el mundo de su tiempo y no practicó para nada la cortesanía: su antecesor en el título, el tercer duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo. A él dedicó dos trabajos, "Un Gran Duque sin corte" y "El humanismo del Gran Duque de Alba", recogidos en su libro *Casi ayer noche*, Madrid, Turner, 1985. El segundo es una notable ampliación del primero, y constituye una interesantísima semblanza del "gran Fernando", como le llamó Garcilaso, que lo elogió en muchos versos de la "Égloga II" y le dedicó la "Elegía I" para consolarlo por la muerte de su hermano don Bernaldino. Sorprende la cultura de Jesús Aguirre a la hora de aproximarse a la compleja relación entre Nobleza y Literatura. No sólo Garcilaso, también su amigo Boscán, que fue ayo del Duque; y otros ilustres nombres del Quinientos, escritores y artistas: "Erasmo y Vives; Teresa de Jesús, Gracián y fray Luis de Granada; Tiziano, Key y Passini; Arias Montano y Cristóbal de Villalón". En esas breves, pero intensas páginas, Jesús Aguirre aportó muchos datos para entender mejor el tópico de las Armas y las Letras en nuestro Siglo de Oro. Y lo hizo no desde la vana erudición, sino desde una situación privilegiada que, gracias a su sensibilidad e inteligencia, le permitió ofrecernos una información de primerísima mano. Tras terminar su escrito, qué ganas dan -y así lo he hecho- de volver a leer los versos de Garcilaso. Y uno que, por gajes del oficio, ha tenido y tiene que enfrentarse una y otra vez con los endecasílabos del toledano, no puede dejar de reconocer que, a partir de la investigación aportada por Jesús, se nos revelan aspectos novedosos para la interpretación del mensaje garcilasista.

Como igualmente ocurre con la lectura que hizo de los versos y comentarios de Fernando de Herrera. No podía soslayar quien fuera Duque de Alba abordar un tema de capital importancia para la historia de la lírica renacentista y barroca en nuestra ciudad: "La Casa de Alba y la poesía sevillana de los siglos XVI y XVII", que tal es el título de su discurso de ingreso en esta Academia, y que luego in-

cluyó en su libro *Altas oportunidades*, Madrid, Taurus, 1987. Allí hace hincapié Jesús en la raigambre andaluza de la Casa de Alba y en la relación de sus titulares con las letras y las artes sevillanas. Y tras abordar, concisa pero agudamente, la discutida cuestión de la denominada “Escuela poética sevillana”, da el protagonismo a don Alvaro Colón de Portugal, II Conde de Gelves. La semblanza del joven cortesano, basada en la obra de Juan Cristóbal Calvete de Estrella, *El felicísimo viaje del Muy Alto y Poderoso Príncipe don Felipe*, Madrid, 1930, es modélica por su gracejo. Aguirre entra en las relaciones del de Gelves con los miembros de la Academia de Mal Lara y comenta la consideración de poeta que tuvo entre sus contemporáneos: Pacheco, Varflora, Ortiz de Zúñiga y Rodrigo Caro. Análiza, con finísimo olfato de crítico literario, algunas composiciones poéticas en torno a los celos de don Alvaro con su esposa doña Leonor de Milán y a los amores del *Divino* con la Condesa. No hay duda de que supo leer bien y que de los textos no se le escapaban detalles, por pequeños que fuesen, para replantear la naturaleza de esos amores, platónicos para unos, y no tan exclusivamente literarios para otros. Oportuna fue su llamada de atención al documento exhumado por Rodríguez Marín en su *Miscelánea de Andalucía*, Madrid, 1927, en el que doña Leonor, en vida de Gelves, hacía depositario de su testamento a Fernando de Herrera. Y muy pertinente el comentario sobre la anotación de Herrera al episodio del himeneo del Duque de Alba con su prima doña María Enríquez, relatado en la ya citada Égloga garcilasiana. Ante el escándalo de Herrera que consideraba aquel endecasílabo 1114

ardiendo y desseando estar ya echado

como “baxissimo y torpe verso en número y sentencia”, y se preguntaba cómo pudo decirlo Garcilaso, Jesús Aguirre hacía esta aguda observación; “Si con tanto pudor hay que hablar, a su juicio, de un trato matrimonial, tamaños habrán de ser los merodeos con que se practique el acercamiento expresivo a relaciones menos bendecidas”. Y terminaba con esta advertencia: “Esta anotación a Garcilaso tiene su importancia, cuando de ahondar se trata, con respeto y sin gazmoñería, en el entramado vital de tanto verso amoroso de Herrera a la misma señora”. Dejaba así abierto un nuevo camino para el replanteamiento de un problema que evidentemente aún no está zanjado.

En su discurso, nuestro desaparecido académico, quiso asimismo honrar la memoria de otro ilustre antepasado de la Casa de Alba. A las armas y las letras sevillanas les tocaba ahora el turno de Don

Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de Olivares, y de Francisco de Rioja. Jesús Aguirre nos recuerda que al todopoderoso valido, trasmutado arcádicamente en Manlio, destinó Rioja su soneto XXII, "Este ambicioso mar, que en leño alado", y puntualizaba que son versos "reduplicativamente barrocos" por ser la pasión de mandar la ambición insatisfecha del destinatario. Nos recordaba también que fue Olivares el que costeó la edición de los *Versos de Herrera* que preparó Pacheco con prólogo de Rioja en 1619 para salvar al *Divino* del olvido en el que tan pronto había caído. Después quien cayó en la desgracia fue el propio Olivares al que no siguió Rioja, que continuó en su empleo de bibliotecario real. Qué bien entendió Jesús Aguirre la contradicción barroca entre la renuncia y el ansia de gloria.

En el espacio limitado de un discurso de ingreso no pudo el nuevo académico extenderse en otras facetas de la fecunda relación entre la Casa de Alba y las Letras sevillanas, y por ello se limitó sólo a señalar la de Gutierre de Cetina con el Gran Duque; las de Francisco de Medina y Francisco de Medrano con el Cardenal don Rodrigo de Castro, benefactor también del músico Francisco Guerrero; la de Rodrigo Fernández de Ribera con don Luis Fernández Portocarrero, V Conde de Palma del Río; la de Baltasar del Alcázar con el III Conde de Gelves; las de Diego Jiménez de Enciso, Juan de Jáuregui y la malograda de Rodrigo Caro con el Conde-Duque. Una espléndida pléyade de escritores y nobles que hubiera sido campo abonado para quien tan orgullosamente ostentaba ahora el título de Duque de Alba.

Santanderino de nacimiento, no quiso Jesús Aguirre terminar su discurso sin hacer mención a tres ilustres paisanos: Pereda, Menéndez Pelayo y Gerardo Diego, todos ellos, como él mismo, "jándalos de corazón", enamorados de Sevilla. Porque él se asentó en nuestra ciudad, según dejó dicho en aquella ocasión, "por razones de amor, de matrimonio", y con su presencia aquí cada primavera vivificaba la tradición del amor por Sevilla de la Casa de Alba. Pero no siempre la ciudad supo corresponderle. Hubo algún episodio desafortunado en medio de los fastos del 92 que le llegó al alma. No por ello dejó de amar a Sevilla, aunque sus estancias en la capital sureña se fueron distanciando. Luego la enfermedad y la melancolía hicieron presa en su carne y en su espíritu. Las primaveras se sucedían y en Dueñas ya no brillaba con la misma luz su culta y amena palabra.

La última vez que tuve la suerte de compartir con él unas horas fue con motivo de la invitación que ellos, los Duques, me hi-

cieron para que pronunciase en Dueñas una charla sobre los “Jardines de Sevilla en la Lírca Castellana”, que dediqué a Cayetana como la mejor jardinera de Sevilla. Al terminar, Jesús se me acercó y me dijo: “Estarás de acuerdo conmigo en que el mejor poema que has leído es el de “Tierra nativa” de Cernuda”. Y así era efectivamente. Entre los muchos versos recitados aquella noche, los de Cernuda eran los más bellos y profundos. Como siempre, el instinto de Jesús Aguirre para lo bueno y lo bello daba en el blanco. Y cernudiano de pro, libró su particular batalla entre la realidad y el deseo hasta que finalmente la muerte se lo llevó en triunfo.

Hoy, desde esta tribuna, para él tan familiar, pues también ésta fue su Casa, he tenido la alta oportunidad de expresar públicamente mi admiración y afecto por su persona. Él, que habló de “El humanismo del Gran Duque de Alba”, fue asimismo un verdadero duque humanista. Si allí comenzaba él citando a Canetti: “El recuerdo es bueno porque aumenta la medida de lo conocible”, con estas mismas palabras quiero aquí terminar mi pequeño homenaje. El recuerdo de Jesús Aguirre, Duque de Alba, nos hará a los que fuimos sus amigos algo mejores y menos ignorantes.